

CAPÍTULO IV.

EL REY CARLOS X.

El rey no estaba aquel día muy contento.

La disolución de la guardia nacional, que lacómicamente había anunciado el *Monitor* por la mañana, había conmovido á toda la parte comerciante de París. Los *señores tenderos*, como los llamaban los *señores cortesanos*, no estaban nunca contentos.

Como ya hemos dicho, murmuraban, cuando se les mandaba montar su guardia, murmuraban cuando se les prohibía montarla.

— ¿Qué querían pues?

La revolución de Julio mostró lo que querían.

Añadamos á esto que la sentencia de Mr. Sarranti, que había cundido por toda la población, no había contribuido poco, siniestra noticia, á aumentar la efervescencia en un gran número de ciudadanos.

Y aunque S. M. había oído misa en compañía de SS. AA. RR. el delfín, la delfina, y la duquesa de Berry, aunque habían recibido á su grandeza el canciller, á SS. EE. los ministros, los consejeros de Estado, los cardenales, el príncipe de Talleyrand, á los mariscales, al nuncio del papa, al embajador de Cerdeña, al de Nápoles, al gran refrendatario de la Cámara de los Pares, á algunos diputados, y á un gran número de generales; aunque habían firmado el contrato de boda de Mr. Tassin de la

Valliere, recaudador general de contribuciones del departamento de los Altos Pirineos, con Mlle Charlet, estos diversos ejercicios y ocupaciones no habían tenido influencia suficiente para desarrugar la frente del pensativo monarca; y volvemos á repetirlo, S. M. estaba á mil leguas de distancia de una alegría loca entre una y dos del día 30 de Abril de 1827.

Por el contrario, su frente expresaba una sombría inquietud. Había en el real anciano, bueno y sencillo de corazón, algo de la indiferencia del niño. Estaba convencido además de que caminaba por el verdadero y buen camino; y aunque fuera el último de su raza á quien la blanca bandera cobijase entre sus pliegues, había adoptado por divisa la de los antiguos guerreros: *Haga yo lo que debo, y venga lo que viniere*.

Estaba vestido según su costumbre con aquel uniforme azul y plata con que Vernet le ha representado, pasando revista. Llevaba al pecho la placa y cordón del Espíritu Santo, con que un año después debía recibir á Victor Hugo para negarle el permiso de representar su *Marión Delorme*.

Los versos del poeta sobre esta entrevista viven todavía; *Marión Delorme* vivirá siempre. ¿Dónde estáis vos, buen rey Carlos X, que negasteis á los hijos el perdón de sus padres, y á los poetas la representación de sus obras?

Levantó el rey la cabeza que tenía baja al oír al ujier de servicio anunciar al visitante para quien su hija política había venido á pedirle audiencia.

— Fray Domingo Sarranti, repitió maquinalmente el rey, sí, éste es.

Pero antes de responder tomó de su mesa de despacho una hoja de papel, y después de recorrerla rápidamente con la vista, dijo:

— Haced entrar á fray Demingo.

Éste apareció en el umbral de la puerta.

Allí se detuvo con las manos cruzadas sobre el pecho, y saludó profundamente.

El rey saludó también, no al hombre, sino al sacerdote.

— Entrad, señor, dijo el rey.

Domingo dió algunos pasos, y se detuvo de nuevo.

— Señor, dijo el rey, la prontitud con que os he concedido esta audiencia, debe probaros la particular estimación en que tengo á los ministros de Dios.

— Es una de las glorias de V. M., respondió Domingo inclinándose, y al mismo tiempo uno de vuestros más bellos títulos al amor de vuestros vasallos.

— Os escucho, dijo el rey tomando esa actitud particular de los príncipes cuando dan audiencia.

— Señor, dijo Domingo, mi padre ha sido esta noche condenado á muerte.

— Lo sé, señor, dijo el rey, y lo he sentido profundamente por vos.

— Mi padre está inocente de los crímenes de que se le acusa.

— Perdonad, señor, dijo el rey, pero no es esa la opinión de los señores jurados.

— Señor, los jurados son hombres, y como tales, están sujetos á ser engañados por las apariencias.

— Os concedo eso, más bien como un consuelo filial, que como un axioma de derecho humano. Pero si la justicia tiene que ser administrada por hombres, los jurados han hecho justicia á vuestro padre.

— Señor, tengo la prueba de la inocencia de mi padre.

— ¿Que tenéis la prueba de la inocencia de vuestro padre? repitió maquinalmente el rey admirado con lo que oía.

— La tengo, señor.

— ¿Y por qué no la habéis presentado antes?

— Porque no podía.

— Puesto que felizmente aun es tiempo, dádmela.

— Señor, dijo Domingo doblando dolorosamente la cabeza, lo que me pedís es imposible.

— ¡Imposible!...

— Sí, señor.

— ¿Y qué motivo puede impedir á un hombre proclamar la inocencia de un condenado, sobre todo cuando este hombre es un hijo y el condenado es su padre?

— Señor, no puedo responder á V. M.; pero el rey sabe si el que combate la mentira en los demás, el que pasa su vida buscando la verdad, hállese donde quiera que se halle, si uno de los servidores de Dios en fin, podría y sobre todo querría mentir. Y bien, señor, bajo la diestra de Dios, de Dios que me ve y me escucha, de Dios á quien suplico que me castigue si miento, proclamo en voz alta ante V. M. la inocencia de mi padre, la afirmo con toda la fuerza de mi conciencia, y juro á V. M. que un día ú otro presentaré la prueba.

— Señor, respondió el rey con demasiada dulzura, habláis como hijo, y honra el sentimiento que dictan vuestras palabras; pero permitidme que os responda como rey.

— Os escucho, señor.

— Si el crimen de que está acusado vuestro padre, y por el cual ha sido condenado, no atacase directamente más que á mí, si fuese, en una palabra, un crimen político, un atentado contra la tranquilidad del Estado, un crimen de lesa majestad, ó un atentado contra mi propia vida, aunque el golpe hubiera sido llevado á cabo, y hubiera sido herido, herido mortalmente como mi pobre hijo

lo fué por Louvel, haría lo que hizo mi hijo moribundo, señor, en atención á vuestro traje que respeto, de vuestra piedad que admiro ; mi último acto sería el perdón de vuestro padre.

— ¡ Oh señor, sois tan bueno !...

— Pero no es así por desgracia ; la acusación política ha sido echada á un lado por el fiscal, y la de robo, rapto y asesinato...

— ¡ Señor, señor !...

— Sé todo lo cruel que es el oír esto ; pero puesto que rehuso conceder su perdón, debo decir las causas que tengo para rehusarlo. La acusación de robo, rapto y asesinato ha quedado subsistente. Ahora bien : con esta acusación, no es el rey quien se halla amenazado, no es el Estado quien está en peligro, no es la majestad ó el poder real quien se halla comprometido ; es la sociedad que ha sido herida, es la moral que grita venganza.

— ¡ Oh ! ; si pudiera hablar, señor !... dijo Domingo retorciéndose los brazos.

— Estos tres crímenes de que vuestro padre se halla no sólo acusado, sino convicto ; convicto, puesto que hay decisión del jurado, y que el jurado concedido por la Carta á los franceses es un tribunal infalible ; estos tres crímenes son los más bajos, los más cobardes, los más justamente punibles : el menor de los tres merece las galeras.

— Señor, señor, por piedad, no pronunciéis esa terrible palabra.

— Y queréis... porque es el perdón de vuestro padre lo que venís á pedirme, ¿ no es verdad ?

Domingo se arrodilló.

— ¡ Queréis, continuó el rey, cuando se trata de estos tres terribles crímenes, queréis que yo, padre de mis vasa-

llos, aliente á los culpables al hacer uso de mi mejor prerrogativa, cuando si la tuviese, y por dicha no la tengo, debería usar del derecho de muerte ?... En verdad, señor, vos que sois sacerdote, que sois gran justicia en el tribunal de la penitencia, interrogaos á vos mismo, y ved si vos tendréis otra cosa que decir á un gran culpable, como lo es vuestro padre, que estas palabras que me dicta mi corazón. Ruego á Dios que use para con el muerto de toda su divina misericordia, pero debo hacer justicia castigando en el vivo al culpable.

— ¡ Señor, exclamó Domingo, olvidando las fórmulas respetuosas, la etiqueta oficial, que el descendiente de Luis XIV hacia observar tan rigurosamente ! Señor, desengañaos, no es el hijo quien os habla, no es el hijo quien os suplica, no es el hijo quien os implora ; es un hombre honrado que conociendo la inocencia de otro hombre os dice : No es la primera vez que se engaña la justicia humana, señor ; acordaos de Calas ; acordaos de Labarre ; acordaos de Lesurque. Luis XIV, vuestro augusto abuelo, ha dicho que daría una de sus mejores provincias con tal de que Calas no hubiera sido ejecutado en su reinado : Señor, sin saberlo, vais á descargar el hacha sobre un cuello inocente, sobre un justo : Señor, os lo digo en nombre de Dios vivo, va á salvarse el culpable y á morir el inocente.

— Pues entonces, dijo el rey conmovido, hablad ; y si conocéis al culpable, nombradlo, nombrádmelo ; ó si no, hijo desnaturalizado, vos sois quien es su verdago ; parricida, vos sois quien matáis á vuestro padre : vamos, hablad, hablad ; es no sólo vuestro derecho, sino vuestro deber.

— Señor, mi deber es callarme, respondió Domingo,

cuyos ojos se inyectaron de lágrimas, las primeras que había derramado.

— Si así es, señor, respondió el rey, que veía el efecto sin comprender la causa y comenzaba á admirarse de aquella terquedad por parte de Domingo; si así es, permitidme que me someta á la decisión del jurado.

É hizo una señal que indicaba que la audiencia había terminado.

CAPÍTULO V.

LA PRÓRROGA.

Por más imperativo que fuese el gesto del rey, Domingo no obedeció: sólo se levantó y con voz firme y respetuosa le dijo:

— Señor, V. M. se ha equivocado: no he venido, ó mejor dicho, no pido el perdón de mi padre.

— Pues, ¿ qué pedis entonces ?

— Sólo venía á solicitar de V. M. una prórroga.

— ¿ Una prórroga ?

— Sí, señor.

— ¿ De cuántos días ?

— Domingo calculó mentalmente.

— De cincuenta, dijo.

— Pero, dijo el rey, la ley concede tres días al reo para apelar de la sentencia, y la apelación es siempre asunto de unos cuarenta días.

— Eso es según, señor; el tribunal de Casación, si

urge, puede sentenciar en dos días, en uno solo, lo mismo que en cuarenta: además...

Domingo dudaba.

— ¿ Y además... qué ? repitió el rey; acabad vuestro pensamiento.

— Además, mi padre no apelará.

— ¿ Cómo que no apelará ?

Domingo movió la cabeza.

— Pero en ese caso, exclamó el rey, vuestro padre quiere morir.

— Al menos si no lo quiere, no hará nada tampoco para evitar la muerte.

— Entonces la justicia seguirá su curso.

— Señor, dijo Domingo, en nombre de Dios, conceded á uno de sus ministros la gracia que os pide.

— Pues bien, señor, tal vez la concederé, pero con una condición: que el reo no desafiará á la justicia; que vuestro padre apele, y veré á ver si además de los tres días que la ley le concede, debe dársele la prórroga de los cuarenta que mi clemencia le concederá.

— No son bastantes cuarenta y tres días, señor, dijo resueltamente Domingo: necesito cincuenta.

— ¿ Cincuenta !... ¿ y para qué ?

— Para hacer un viaje largo y penoso, señor; para obtener una audiencia que difícilmente se me concederá tal vez, para tratar en fin de convencer á un hombre que, como vos, señor, no querrá tal vez ser convencido.

— ¿ Vais á hacer un largo viaje ?

— Un viaje de trescientas cincuenta leguas, señor.

— ¿ Y lo vais á hacer á pie ?

— Sí, señor, á pie.

— ¿ Por qué lo hacéis á pie ? decidme.

— Porque así es como viajan los peregrinos que tienen una gracia suprema que pedir á Dios.

— Pero si yo costease el viaje; si os diera el dinero necesario...

— Señor, reserve V. M. el dinero que á mí me daríais para alguna piadosa limosna. He hecho voto de ir á pie y con los pies desnudos, é iré de esta manera.

— ¿Y os comprometéis á los cincuenta días á probar la inocencia de vuestro padre?

— No, señor; no me comprometo á eso, y juro al rey que nadie en mi lugar podría comprometerse á otro tanto. Pero si aseguro, que si después del viaje que emprendo no tengo los medios de proclamar la inocencia de mi padre, aseguro que aceptaré sin murmurar la sentencia de la justicia humana, limitándome á repetir al reo estas palabras del rey:

— Caiga sobre vos la misericordia divina.

Una nueva emoción se apoderó de Carlos X.

Miró á Domingo, y al ver su franco y leal semblante, una semiconvicción penetró en su corazón.

Á pesar suyo sin embargo, porque esto se sabe, el rey Carlos X no tuvo la dicha de ser siempre lo que era; á pesar suyo sin embargo, á pesar de la irresistible simpatía que inspiraba el rostro noble del sacerdote, rostro que era el reflejo de su corazón, el rey Carlos X, como para cobrar fuerzas contra el buen sentimiento que amenazaba invadirle, el rey Carlos X tomó por segunda vez la hoja de papel colocada sobre la mesa, y á la que ya antes había mirado; cuando el ujier anunció á Domingo, fijó en ella una segunda mirada, que por más rápida que fuese, bastó para hacer desaparecer de él un buen deseo, que fué, por decirlo así, pasajero relámpago.

De enternecida que era la expresión de su rostro al escuchar á Domingo, se volvió fría, impasible y aun desconfiada.

Y ciertamente que había motivo para que desconfiase.

La nota que el rey tenía á la vista, era la historia abreviada de Mr. Sarranti y de Domingo: dos retratos bosquejados de mano maestra, como los sabia bosquejar la congregación.

La biografía de dos furibundos revolucionarios.

La primera era la de Mr. Sarranti.

Empezaba á su partida de París: le seguía en la India, en la corte de Rundjed-Sing, en sus relaciones con el general Le Bastard de Premont, que estaba también indicado como hombre horriblemente peligroso. Después de la India pasaba con ellos á Schoenbrunn, detallaba aquella conspiración, abortada por los buenos oficios de Mr. Jackal, y abandonando al general al otro lado del puente de Viena, volvió á seguir á Mr. Sarranti por el camino de París, sin separarse de él hasta el día de su prisión.

Al margen estaban escritas estas palabras:

« Acusado y convicto además de los crímenes de rapto, robo y asesinato, por los que ha sido sentenciado. »

En cuanto á Domingo, no era menos detallada su biografía.

Empezaba al salir aquél del seminario; proclamábase como discípulo de Mr. Lamennais, cuya disidencia se empieza á dibujar; después se le presentaba como visitante de guardillas, no para esparcir la palabra divina, sino la propaganda revolucionaria. Citábase algún sermón que de seguro le hubiera valido las amonestaciones de sus superiores, si no hubiera pertenecido á una orden española,

aun no restablecida en Francia. Proponíase por último enviarlo al extranjero, pues su presencia en París, según la congregación, era peligrosa.

En suma, según la nota que el pobre buen rey tenía á la vista, los dos Sarranti eran dos vampiros, de los cuales el uno manejaba la espada que debía derrotar el trono, y el otro la antorcha que debía abrasar la Iglesia.

Bastaba pues, cuando se está impregnado ya de veneno jesuítico, fijar la vista en este papel para despertar todo el odio político que en un momento puede darse al olvido, y para ver surgir de nuevo y en solo un momento todos los fantasmas de la revolución.

El rey se estremeció y dirigió una mala mirada á Domingo.

Éste no se engañó respecto al sentido de aquella mirada, y sintió el mismo efecto que si le acabase de tocar un hierro ardiendo.

Levantó la cabeza fieramente, se inclinó sin bajarse, y dió dos pasos atrás para salir.

Á pesar suyo, en los ojos y en los labios de Domingo, se reflejó, aunque instantáneamente, el terrible desprecio del fuerte por el débil, el supremo desdén para aquel rey que ahogaba los instintos de su corazón para sustituirlos con el odio ajeno.

Carlos X á su vez vió brillar estos sentimientos como un relámpago, y Borbón antes que nada, es decir, pronto á perdonar, tuvo uno de esos remordimientos que en ciertas horas debió tener, mirando á d'Aubigné su abuelo Enrique IV.

La verdad, ó cuando menos la duda, se le apareció en la penumbra; no se atrevió á rehusar á aquel hombre honrado lo que le pedía, y llamó á Domingo en el momento en que éste daba los dos pasos para retirarse.

— Todavía, señor, le dijo, no he respondido ni afirmativa ni negativamente á vuestra petición; pero si no lo he hecho, es porque miraba pasar ante mi vista, ó mejor dicho ante mi imaginación, las sombras de los justos, injustamente inmolados.

— Señor, dijo Domingo dando dos pasos hacia adelante, todavía es tiempo, y bástale al rey pronunciar una palabra.

— Os concedo dos meses, dijo el rey recobrando su grandeza ordinaria como si se arrepintiera y avergonzara de haber dejado traslucir la menor emoción: ya lo habéis oído; pero que vuestro padre apele. Perdonó algunas veces la rebelión contra el trono; pero no perdonaré la rebelión contra la justicia.

— ¿Queréis darme el medio, señor, para que á mi vuelta pueda llegar hasta vos á cualquiera hora del día ó de la noche?

— Con mucho gusto, dijo el rey.

Y llamó.

Entró el ujier de servicio.

Carlos X le dijo:

— Mirad bien á este sacerdote, y reconocedlo: á cualquier hora del día ó de la noche que se presente, le introduciréis al momento. Prevenid esto mismo á la demás servidumbre.

Domingo se inclinó, y salió ya que no de reconocimiento; al menos con el corazón lleno de alegría.

CAPÍTULO VI.

EL PADRE Y EL HIJO.

Domingo bajó las escaleras de las Tullerías con el corazón lleno de un sentimiento que no trataremos de analizar, pero que nuestros lectores podrán fácilmente comprender.

En efecto, todas esas flores de esperanza que germinan lentamente en el seno del hombre, y que sólo en ciertas y determinadas horas producen sus frutos, se abrieron en el corazón de Domingo, á medida que cada peldaño que bajaba le separaba de la majestad real y le acercaba á sus conciudadanos.

Todas las debilidades del desdichado monarca se le venían á la vez á la imaginación, y parecíale imposible que aquel hombre, agobiado por los años, de buen corazón, pero de espíritu apocado é inerte, fuese un obstáculo vivo á la obra de esa grandiosa que está en marcha desde que el género humano ha encendido su antorcha, y á la cual llaman libertad.

Entonces, cosa extraña, y que probaba sin duda que su plan estaba bien meditado para el porvenir, todo el pasado se le agolpó instantáneamente á su memoria.

Acordóse de los menores detalles de su vida de sacerdote, de su indecible irresolución en el momento de pronunciar sus votos, de sus íntimos combates al recibir las órdenes; pero todo había sido vencido por aquella espe-

ranza, que semejante á la columna de fuego de Moisés, le mostraba su camino á través de la sociedad, y que le decía que el estado en el que más útil podía ser á su patria, era el estado religioso.

Como la estrella de los magos, su conciencia resplandecía señalándole la verdadera senda; pero por un momento la tempestad había oscurecido su cielo y le había impedido ver su camino.

Empezaba á verlo de nuevo, y emprendía la marcha, lleno, si no de confianza, al menos de resolución.

Al bajar el último escalón, vagaba una sonrisa en sus labios.

¿ Á qué pensamiento secreto, en semejante situación, respondía aquella sonrisa?

Pero apenas puso el pie en el patio de las Tullerías, distinguió el simpático rostro de Salvador, que inquieto por el resultado del proyecto de Domingo, aguardaba su salida con febril ansiedad.

Salvador comprendió, con sólo ver la cara de Domingo, el resultado de la audiencia.

— Veo que el rey os ha concedido la prórroga que le habéis pedido.

— Sí, dijo Domingo; en el fondo es un hombre excelente.

— Bien, dijo Salvador; eso me reconcilia un poco con él, y me predispone á mirar con mejores ojos á S. M. Carlos X. Le perdono sus debilidades en gracia de su natural bondad. Es preciso ser indulgentes con los que rara vez llegan á oír la verdad.

Después, cambiando rápidamente de tono, preguntó á Domingo:

— ¿ Ahora volveremos á la Conserjería?

— Sí, respondió lacónicamente éste, estrechando la mano de su amigo.

Tomaron un carruaje que pasaba de vacío, y llegaron en breve adonde se encaminaban.

En la puerta de la sombría prisión, Salvador tendió la mano á Domingo, preguntándole lo que pensaba hacer al salir de allí.

— Dejar á París en el momento.

— ¿ Puedo seros útil en el país adonde vais ?

— ¿ Podéis abreviar las formalidades que acompañan á la expedición de un pasaporte ?

— Puedo hacer que os lo den sin ninguna.

— Entonces esperadme en vuestra casa ; iré á buscaros.

— Yo seré quien os espere aquí dentro de una hora. Me encontraréis en la esquina. No podéis permanecer en el interior de la prisión más que hasta las cuatro, y son ya las tres.

— Hasta dentro de una hora, dijo Domingo estrechando la mano de Salvador.

Y entró en el sombrío edificio.

El reo había sido conducido al calabozo mismo en que había sido encerrado Louvel, y en el que más adelante debía ser encerrado Fieschi.

Domingo fué introducido sin dificultad.

Mr. Sarranti, sentado en un taburete, se levantó y salió al encuentro de su hijo.

Éste se inclinó ante él con la deferencia con que se acoge á los mártires.

— Os esperaba, hijo mío, dijo Mr. Sarranti.

Y había en la voz de aquel padre como un reproche por no haber ido antes su hijo.

— Padre mío, dijo éste, no es culpa mía si no he venido antes.

— Lo creo, dijo Mr. Sarranti estrechándole las manos.

— Vengo de las Tullerías, continuó Domingo.

— ¿ De las Tullerías ?

— Sí.

— ¿ De qué ?

— De ver al rey.

— ¿ Que venis de ver al rey, Domingo ? preguntó Mr. Sarranti admirado y mirando fijamente á su hijo.

— Sí, padre mío.

— ¿ Y para qué habéis ido á ver al rey ? ¿ Seguramente que no habrá sido para pedirle mi perdón ?

— No, no, padre mío, se apresuró á decir Domingo.

— ¿ Qué teniais entonces que pedirle ?

— Una prórroga.

— ¿ Una prórroga ?... ¿ y para qué ?

— La ley concede tres dias para que podáis apelar al tribunal de Casación. Cuando no hay nada que active al tribunal, la apelación es asunto de cuarenta á cuarenta y dos dias.

— ¿ Y bien ?

— He pedido dos meses.

— ¿ Al rey ?

— Al rey.

— ¿ Para qué dos meses ?

— Porque necesito ese tiempo para procurarme las pruebas de vuestra inocencia.

— No apelaré, Domingo, respondió resueltamente Mr. Sarranti.

— ¿ Padre mío !...

— No apelaré : es cosa decidida, y he prohibido á Manuel que lo haga en mi nombre.

— Padre mio, ¿ que decís ?

— He dicho que rehuso toda clase de prórroga ; he sido sentenciado, y he recusado á mis jueces, pero no al verdugo.

— Padre mio, escuchadme.

— Quiero ser ejecutado, tengo prisa para acabar con los tormentos de la vida y la iniquidad de los hombres.

— ¡ Padre mio ! murmuró tristemente Domingo.

— Sé todo lo que respecto á esto puedes decirme ; sé los reproches que tienes derecho á hacerme.

— ¡ Oh, padre mio ! y si os lo suplicara de rodillas...

— ¡ Domingo !

— Si os dijera que la inocencia que os prometo, la presentaré á los ojos de los hombres tan pura como la luz que proviene de Dios, y que llega hasta nosotros á través de los hierros de esa ventana...

— ¡ Pues bien, hijo mio ! esa inocencia después de mi muerte aparecerá más pura, más brillante ; no pediré prórroga ; no quiero gracia de ninguna especie.

— ¡ Padre mio, padre mio ! exclamó Domingo desesperado, no persistáis en esa resolución que es vuestra muerte, y para mí la desesperación de mi vida y acaso la pérdida inútil de mi alma.

— ¡ Basta ! dijo Mr. Sarranti.

— ¡ No, no basta, padre mio ! exclamó Domingo dejándose deslizar suavemente hasta ponerse de rodillas y estrechando entre las suyas las manos de su padre.

Mr. Sarranti trató de volver la cabeza y retiró las manos.

— Padre mio, continuó Domingo, rehusáis porque no creéis en mis palabras ; rehusáis porque creéis quiero por medio de un subterfugio disputaros á la muerte y prolon-

gar con él dos meses una existencia tan noble y dignamente empleada ; porque estáis convencido de que podéis morir á cualquier hora, en cualquiera época de la vida, y que moriréis á los ojos del supremo juez lleno de vida y de honor.

Una melancólica sonrisa, que probaba que Domingo habia adivinado bien, se reflejó levemente en los labios de Mr. Sarranti.

— Pues bien, padre mio, yo os juro, continuó Domingo, que las palabras de vuestro hijo no son vanas palabras ; que tengo aquí, y Domingo puso las manos sobre el pecho, que tengo aquí las pruebas de vuestra inocencia.

— ¡ Y no las has presentado ? exclamó Mr. Sarranti retrocediendo un paso y mirando á su hijo más que con admiración, con desconfianza. Y has dejado que tu padre sea juzgado ; que sobre tu padre caiga una sentencia infamante, teniendo ahí, y Mr. Sarranti tocó con su dedo el pecho del monje, teniendo ahí las pruebas de la inocencia de tu padre.

Domingo extendió la mano.

— Padre mio, así como es cierto que vos sois hombre de honor, así como es cierto que yo soy vuestro hijo, también es cierto que si yo hubiera usado de estas pruebas, si os hubiera salvado la vida, salvado el honor con ayuda de ellas, padre mio, me hubierais despreciado, y hubiera muerto más cruelmente cien veces con vuestro desprecio, que vos lo podéis ser por el hierro del verdugo.

— Pero si no has podido presentar hoy esas pruebas, ¿ cómo puedes presentarlas un día ?

— ¡ Padre mio ! ese es el segundo secreto que no puedo revelaros, porque es un secreto entre Dios y yo.

— Hijo mio, dijo Mr. Sarranti, hay en esto demasiado

misterio para mí. No acepto nunca más que lo que puedo comprender; no comprendo, y en consecuencia rehusó.

Y retrocediendo un paso, hizo señá al monje de que se levantara.

— Basta, Domingo, continuó; ahórrame el discutir, y pasemos las únicas horas que nos restan sobre la tierra lo más dulcemente que podamos.

Domingo lanzó un suspiro: sabía que una vez pronunciadas por su padre aquellas palabras, nada había que esperar.

Y sin embargo, al levantarse, ignoraba por qué medio podría obtener del hombre inflexible que llamaba su padre, el que cambiara de resolución.

CAPÍTULO VII

LA IDEA Y EL HOMBRE.

Mr. Sarranti señaló á Domingo un taburete; dió algunas vueltas agitado por el estrecho calabozo, y trayendo otro taburete junto al de su hijo, se sentó en él; meditó por algunos momentos, y habló así á su hijo, que le escuchó con la cabeza baja y el corazón angustiado:

— Hijo mío, con el pesar de separarnos, quedame en el momento de morir una especie de remordimiento ó de temor de haber empleado mal mi vida.

— ¡ Oh! ¡ padre mío! exclamó Domingo alzando la cabeza y tratando de coger sus manos, que aquél retiró, menos por un movimiento de frialdad, que por no dar á su hijo una especie de poder magnético sobre él

Mr. Sarranti replicó:

— Escucha bien, Domingo, y júzgame.

— ¡ Padre mío!

— Júzgame, repito. Á tu parecer, porque me complazco en decirlo, eres un hombre de alta moralidad; ¿ he empleado bien ó mal la inteligencia que Dios me había dado para ser útil á los demás? Á veces dudo, y me parece que esta inteligencia para nada les ha servido. Una cosa es concurrir en cuanto á cada uno le es posible á la obra de la civilización, que unós y otros estamos obligados á hacer progresar: otra es consagrar su vida á una sola idea, ó un solo hombre, por más grande que este hombre sea.

— ¡ Oh, noble padre mío! exclamó Domingo alzando la cabeza y fijando en su padre una intensa mirada.

— Escúchame, insistió el prisionero. Tengo, como te decía, momentos de duda, en que temo haberme extraviado del buen camino. Á punto de dejar el mundo, hago mi examen de conciencia, y tengo un placer en hacerlo aquí en alta voz y delante de ti. ¿ Crees, Domingo, que esta energía que en mí existía, pudo haber sido mejor empleada? ¿ He hecho el mejor uso que podía hacer de las facultades con que Dios me había dotado, y habiéndome propuesto una obra, la he cumplido y desempeñado bien?

Respóndeme, Domingo.

Por segunda vez, Domingo se arrojó delante de su padre.

— Padre mío, le dijo, no conozco bajo el cielo un hombre que más leal y más generosamente haya agotado sus fuerzas en el servicio de una causa que le parecía justa y buena, como vos lo habéis hecho. No conozco probidad más alta que vuestra probidad, ni abnegación más desinteresada que vuestra abnegación. Sí, mi noble padre, habé s